

VIERA Y CLAVIJO, CLERIGO ILUSTRADO

YOLANDA ARENCIBIA

DOCTORA EN FILOGIA
UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE G.C.

El siglo XVIII, desde nuestra actual perspectiva, se muestra como pilar básico de la revolución política, social, económica y artística que caracteriza a la Edad Moderna y que constituye la esencia de la Contemporánea.

Si en las primeras décadas del siglo ya se perciben aires de inquietud que permiten adivinar nuevos caminos a la luz de la fe en el progreso y de la convicción del papel decisivo que las ideas han de jugar como instrumento pedagógico transformador de la sociedad, según avanza el mismo, estos focos iniciales van corporeizándose en realidades culturales con nombre propio hoy consagrados por la tradición. Son estos nombres: Despotismo ilustrado, en el campo político; Neoclasicismo, en el estético; Ilustración, en el campo del pensamiento.

La Ilustración debe tal nombre a su finalidad declarada de disipar las tinieblas de la humanidad mediante las luces de la razón y, efectivamente, se ha convertido en la base caracterizadora de la filosofía del siglo, firmemente asentada en dos principios filosóficos muy del momento: el racionalismo y el empirismo; es decir, razón y experimentación aunadas.

La Ilustración española en comparación con la extranjera es, lo sabemos todos, tardía, breve y moderada. Tardía porque, a pesar de que va preparándose en los años precedentes no sin resistencia⁽¹⁾, no logra tomar cuerpo, y aún con timidez, hasta la mitad del siglo para adquirir carta de mayoría de edad coincidiendo con el reinado de Carlos III. Es breve porque los aires revolucionarios extremos que llegan de Francia despiertan recelos, temores; aconsejan cautela y precaución. Es moderada porque, aún los más sobresalientes de nuestros ilustrados, son siempre respetuosos con los principios esenciales de la autoridad política (la Monarquía) y de la eclesiástica (la Iglesia tradicional). Bien es verdad que la mayoría de estos ilustrados son eclesiásticos y que el poder disuasorio del Tribunal del Santo Oficio es contundente y eficaz; pero, pese a todo, nuestros ilustrados, nuestros clérigos ilustrados también, remueven los obstáculos que, ligados a la religiosidad tradicional, se oponen al progreso de la ciencia y al bienestar general; hacen causa común contra la presión inquisitorial, contra el predominio de una enseñanza escolástica mimética y obsurecedora, contra la superstición, contra la acumulación de riquezas por el clero... Y comienzan a promover la reforma de la política educativa; y la de la administración del estado. Y se esfuerzan en fomentar el desarrollo de la industria y la agricultura con la consiguiente y novedosa valoración del trabajo personal. Un conglomerado, en fin, de nuevas reformas que caminan hacia la secularización de la cultura y hacia la amplitud libertadora de las conciencias. En ellas algo tuvo que ver la actitud proclive de la dinastía borbónica que supo favorecer el acusado aunque incipiente desarrollo económico del país mediante una administración centralista, a la francesa, que, si bien no dejó de tener el lado negativo que todo centralismo conlleva, fue eficaz para la implantación de las nuevas ideas y para el fortalecimiento de la dinastía despótica e ilustrada (entendiendo estos términos en el sentido que el setecientos les da).

El siglo XVIII canario puede quedar encuadrado dentro de los parámetros generales trazados para el resto de España, siempre con la salvedad que supone el hecho diferencial de su extrema lejanía de la metrópoli española que se traduce en escasos contactos con la Península y en estrecha dependencia del exterior, especialmente de Inglaterra y su comercio. Esta circunstancia va a propiciar el que sus puertos sean receptores directos de las nuevas ideas que aporta Inglaterra o Francia, asimiladas rápidamente por una selecta minoría ilustrada

(1) Podríamos hallar claros precedentes, no demasiado lejanos, en el desencanto de la sociedad española de la Contrareforma que tan expresivamente deja traslucir la literatura en alguna de sus manifestaciones características: pensemos, para sólo citar algún ejemplo, en la actitud inconformista de un Quevedo o en la sociedad que refleja la novela picaresca del XVII.

no sin el recelo y hasta el ataque de los tribunales censores de la época, especialmente sensibilizados y celosos.

En las Canarias del XVIII se viven situaciones críticas de diferentes procedencias (crisis agraria y comercial; consecuencias del regalismo borbónico; exceso de poder de un clero muy numeroso, improductivo y, en general, mal formado y por tanto mal formador...). Esta situación provocó la asunción por parte de las clases dominantes de la necesidad de una renovación profunda tanto de las estructuras productivas isleñas como del nivel cultural de todos los estamentos. En esta nueva actitud las Luces de la Ilustración hallaron caldo de cultivo bien abonado y fueron incentivo de gran trascendencia ⁽²⁾.

En la Iglesia dieciochesca canaria penetrarán, también, las Luces de la Ilustración a través de muchos de sus clérigos que tratarán, como lo hará Viera, de aunar Razón y Fe en pro de un catolicismo proyectado hacia una nueva sociedad que se asienta en valores que no son los tradicionales y que comienza a considerar como virtudes deseables el afán de producción, el trabajo y demás factores que tiendan a mejorar el nivel de vida. El catolicismo ilustrado canario tropezó con el problema adicional (aunque no privativo de las islas) del bajo nivel cultural de los clérigos en cuyas manos descansaba todo tipo de enseñanza; fue problema preocupante en extremo que supieron ver los prelados de la época y que halla su primera satisfacción con la creación del Seminario Conciliar en tiempos del Obispo Cervera, ya en 1777. Este Seminario, que nace con aires modernos, va desarrollándose bajo el impulso de los Obispos Joaquín de Herrera y Antonio Távira, principalmente, y llegó a convertirse en el Centro educativo fundamental del Archipiélago desempeñando las funciones que hubieran correspondido a la Universidad ⁽³⁾.

* * *

Los contextos generales anteriormente esbozados pueden sernos útiles, creo, para enmarcar convenientemente la figura de D. José de Viera y Clavijo, el más representativo de nuestros ilustrados y, a la vez, el más destacado de los clérigos que en las islas se sintieron alumbrados —y aun deslumbrados— por las Luces dieciochescas.

(2) Para esta vertiente del tema hay amplia bibliografía. Puede verse como resumen el estudio de M. HERNANDEZ GONZALEZ *La Ilustración*, en *Historia Popular de Canarias*, Centro de la Cultura Popular, 1988.

(3) *Ibidem*, cap. 6. Para la situación de la Iglesia, sobre todo en la segunda mitad del siglo y especialmente tras la creación del Seminario, véase *Un Seminario de su siglo: entre la Inquisición y las Luces*, de JOSE ANTONIO INFANTES FLORIDO, Obispo de Canarias, El Museo Canario, 1977.

El Viera y Clavijo Ilustrado despertó pronto. Seguramente de manera inconsciente y paulatina en los años primeros de su residencia en el Puerto de La Cruz. Nos es fácil hoy imaginar el asombro complacido de nuestro entonces joven protagonista en aquel ambiente variado y cosmopolita. Allí tuvo ocasión de disfrutar directamente de una de las mercancías que aquel puerto traficaba: los libros, a los que tempranamente se aficionó y que condicionarán su trayectoria personal futura, según él mismo expresa en sus *Memorias*:

“Sintióse desde luego estimulado de una feliz aplicación a la lectura, y no había clase de libros, fuesen devotos o profanos, de historias o novelas, de instrucción o diversión, en prosa o en verso, en octavo o en folio, en que no hallase pasto una curiosidad vaga, sin gusto, juicio, ni elección. Pero esta curiosidad no era estéril, y se puede atribuir a cierta necesidad de producir, el esfuerzo de aquellas obras precoces, que casi desde su infancia tuvo la travesura de componer” (4).

En los primeros años de nuestro personaje no podemos dejar de citar al maestro Feijóo, que fue, para el joven aprendiz de ilustrado que aún era Viera, algo más que un ejemplo magistral; fue “una ráfaga de feliz claridad (...) que llegó de improviso a alumbrarle en medio de la noche” de los “miserables” estudios de “filosofía peripatética y teología escolástica” que cursaba y que lo puso en disposición de “vivir el siglo de las luces en que muchos no viven” (5).

Ha despertado ya el Viera y Clavijo ilustrado. Y hace suyo el espíritu del Siglo de tal modo que, en palabras de D. Simón Benítez, “si acompañamos a nuestro autor en su labor intelectual —científica, histórica y literaria— habremos recorrido enteramente el siglo XVIII europeo” (6).

También es precoz el Viera y Clavijo clérigo: recibe órdenes menores en 1750, a los dieciocho años, en la misma época en que “abría los ojos a la filosofía y a la crítica demoledora del racionalismo” en palabras del profesor Cioranescu, quien apunta cierta contradicción entre ambas realidades. Contradicción que el mismo Cioranescu se apresura a explicar (nos parece que

(4) *Memorias que con relación a su vida literaria escribió don José de Viera y Clavijo, arcediano de Fuerteventura...* Apéndice al *Diccionario de Historia natural de las Islas Canarias*. Cito por la edición de M. ALVAR, Excma. Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, 1982; pág. LIX.

(5) *Memorias...* Ed. cit., pág. LX.

(6) SIMÓN BENÍTEZ PADILLA, *La obra científica de Viera y Clavijo*, separata de la *Historia de Canarias*, de VIERA Y CLAVIJO, Goya ediciones, Sta. Cruz de Tenerife, 1952, pág. 544.

sin demasiada convicción) en reflexión subsiguiente reconociendo no hallar motivos para dudar de la sinceridad vocacional de Viera, aún cuando fue siempre “un cura filósofo” sospechoso e incómodo para la Inquisición porque se muestra poco proclive a obedecer a ciegas y sí muy amante de lecturas prohibidas, aunque el Tribunal no halle más indicios de culpabilidad en él que mostrar una religiosidad diferente de la tradicional —interiorizada y hasta racionalizada en lo posible—, “poco respetuoso para con la literatura milagrosa (no para con el milagro), para con la credulidad ciega (no para con la fe), para con el tribunal de la Inquisición (no para con la autoridad de la iglesia)”⁽⁷⁾.

Pero no pretendamos separar en Viera y Clavijo al Clerigo del Ilustrado. Ambas realidades conforman su personalidad en amalgamada simbiosis, nada novedosa, por otra parte, en el Siglo de las Luces. Y ambas se traducen en actividades que conviven en su bio-bibliografía en estrecho contacto nada perturbador.

Cuando Viera y Clavijo traslada su residencia a La Laguna, en 1756, ya había recibido órdenes mayores y despuntaba como predicador. Allí ejerce de ilustrado “à la page” en la tertulia del marqués de Villanueva del Prado, D. Tomás de Nava y Grimón, donde su elocuencia, su gracia y su atractiva personalidad, lo convierten en centro de disertaciones y de diversiones, en recopilador de Actas que difunden “varias noticias instructivas sobre historia natural, física y literatura”⁽⁸⁾, en redactor de entretenidas Gacetas (las *Gacetas de Daute*), y en autor de “travesuras ingeniosas”⁽⁹⁾ como el *Poema de los Vasconautas*, o el *Elogio del Barón de Pun*. Allí, en la enciclopédica biblioteca del Marqués, estudia, analiza, indaga...; se inicia en la investigación histórica y concibe la idea de su futura *Historia de Canarias*, seguramente al calor de la afición de un tertuliente destacado, D. Fernando de la Guerra, luego marqués de S. Andrés. Allí apunta también su faceta filosófico-científica en la *Carta filosófica sobre la aurora boreal* y en el tratado *El Herodes de las niñas: las viruelas*. Pero en los mismos años laguneros actúa, también, en su calidad de clérigo, como secretario de la Junta de La Laguna y consecuentemente redacta las *Actas de las congregaciones y conferencias del clero de La Laguna, sobre casos de conciencia, sagrados ritos y ceremonias*. Además, como importante contribución a la mejor formación de los jóvenes clérigos, traduce el *Traité de la Doctrine Chretienne et orthodoxe*, de Dupin (París, 1703), con un

(7) En “Introducción” a su edición *Noticias de la Historia general de las Islas Canarias*, Goya ediciones, Sta. Cruz de Tenerife, 1967, (6ª ed.), pág. XXIV.

(8) *Memorias...*, pág. LX.

(9) *Memorias...*, pág. LXII.

importante prólogo, reflejo de sus inquietudes sobre la enseñanza ⁽¹⁰⁾. Mientras, desempeña las funciones normales de eclesiástico y destaca como sermoneador de maneras algo atildadas que merece de sus enemigos el sobrenombre burlón de “el abate Viera” y la acusación de decir misas con ademanes de un Arlequín.

1770 supone un importante cambio en la vida de nuestro personaje al trasladarse a Madrid, como preceptor del joven marqués del Viso; supone también el inicio de una fructífera etapa que se prolongará durante catorce años. Allí se muestra como un dómine cortesano de cuidadas maneras y de elegante presencia que se acomoda fácilmente al boato de la casa y que sabe hacerse apreciar en los medios cultos por sus cualidades de literato y sabio. Pero allí también sabe cumplir perfectamente sus tareas de instructor, traduciendo del francés para su alumno tratados de lógica, de ética, de historia... como lo hicieron Bossuet y Fenelon, mientras trabaja denodadamente en la redacción de la *Historia* cuyo primer tomo se publicará en 1772, en 1773 el segundo y en 1776 el tercero. El tomo cuarto verá la luz en 1783 ya en vísperas del regreso a su tierra.

La movilidad de los personajes de la Corte dará ocasión a nuestro acomodado clérigo para conocer distintas tierras de España y para exponer sus habilidades literarias en un género muy del gusto ilustrado: *los libros de viajes*, afición que tendrá ocasión de cultivar en los años sucesivos con motivo de nuevos viajes, esta vez al extranjero: Francia en 1777, Italia y Centroeuropa al año siguiente. Es fácil suponer la complacencia de nuestro ilustrado en estas salidas de España que colmarán su natural curiosidad, que le permitirán lucir su vestimenta “de abate a la francesa con coleta y rabat” ⁽¹¹⁾, que le pondrán en contacto directo con la lengua y la cultura galas que tanto admiraba, y que le proporcionará conocimientos muy provechosos, como los derivados de distintos cursos de Física, de Historia natural, de Química y de Mineralogía que tiene ocasión de seguir en París y que aumentarán su ya antigua afición por las ciencias experimentales. Aquí tuvo la suerte de coincidir con D. Antonio José de Cabanillas, que llegará a ser un ilustre botánico y con quien sostendrá nutrida correspondencia en adelante. Cioranescu en la “Introducción” que realiza a la edición de las cartas de ambos ilustrados ⁽¹²⁾ destaca la importancia de esta relación no sólo como fuente de conocimiento sobre “la vida privada, los estudios y trabajos, el carácter y la personalidad de uno de los más ilustres

(10) Véase Monseñor INFANTES FLORIDO, ob. cit., págs. 22-33.

(11) *Diario del viaje a Europa*. Cito por S. BENITEZ PADILLA, ob. cit., pág. 47.

(12) Aula de Cultura de Tenerife, 1881.

científicos del Siglo de las Luces”, sino como curiosa y aleccionadora introducción al estudio de la sociedad ilustrada y afrancesada de principios del XVIII.

De vuelta a Madrid, Viera y Clavijo se convertirá en divulgador de los saberes adquiridos, bien en sesiones cortesanas dedicadas a distinguidos aficionados, bien en composiciones poético-científicas (como el tratado de química en octavas reales *Los aires fixos*), bien en el gabinete particular que logra instalar en el palacio de su amigo el marqués de Santa Cruz. Pero Viera tiene siempre tiempo para escribir; y es ahora cuando recibe un premio de la Academia por su *Elogio de Felipe V, rey de España* —magnífico texto que tuvo la alegría de ver traducido al francés— y también cuando produjo un tratado de contenido eclesiástico lleno de erudición, anécdotas y citas que lleva por título el *Hyeroteo o tratado de los antiguos honores y derechos del presbiterado*, para que no faltara una muestra del Viera clérigo en los años madrileños, del cual por otra parte se conservan algunos sermones en estilo oratorio contundente, lleno de emotividad y de apasionamiento. Aún en Madrid, en 1783, ve premiado por la Academia, de nuevo, uno de sus más bellos textos: el *Elogio de don Alonso Tostado, obispo de Avila*.

En 1784 se instala, ya definitivamente, en Las Palmas de Gran Canaria en su calidad de arcediano de Fuerteventura, cargo que había logrado dos años antes. Fue triste la despedida de sus amigos madrileños y alegre el recibimiento de sus hermanos en la isla. No está demasiado claro para sus biógrafos los verdaderos motivos de su decisión. ¿Desengaño de la corte? ¿Simple deseo de una vida descansada con los suyos, como él mismo dice? ¿Y por qué no buscar un acomodo digno en La Laguna, donde tantos amigos tenía? Su amigo don Fernando de Guerra se queja de esta decisión en carta dolorida y le expone su intención de apoyar la creación de un nuevo obispado en la ciudad tinerfeña, del cual él sería el primer obispo, idea que Viera se apresura a desechar.

En su nuevo destino, la actividad de Viera es enorme en calidad y en cantidad. Como eclesiástico revisa el estatuto capitular del cabildo catedral, realiza una relación de sus actas y un inventario del archivo catedralicio; describe el templo catedral en bello texto, escribe himnos y sermones panegíricos entre los que destaca la oración fúnebre con motivo de la muerte de Carlos III, “el más cálido y más intelectualmente apasionado elogio del difunto rey” en palabras de Joaquín Blanco ⁽¹³⁾. Como profesor dirige el colegio de San

(13) Cito por *Carlos III y Las Islas Canarias* de ANTONIO M. GONZALEZ PADRON, Real Sociedad Económica de Amigos del País, Las Palmas de Gran Canaria, 1988, pág. 130. En este libro se reproduce el texto de la Oración fúnebre en edición facsimilar. En edición modernizada aparece en el tomo *Homenaje a Carlos III*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, Tenerife, 1988, con introducción y notas de A. ROMEU PALAZUELOS. Ambos textos parten de la impresión realizada por MIGUEL ANGEL BAZZANTI, La Laguna, 1970.

Marcial “para mozos de coro de la santa Iglesia Catedral de Canaria” cuyos estatutos y plan redacta. Como literato escribe, entre otras composiciones, el poema en octavas *El nuevo Can mayor o constelación canaria* (conjunto de elogios a trece canarios ilustres) y traduce importantes obras del francés: poemas, ensayos, teatro trágico... entre ellas *La Heriade* de Voltaire, demostrando una vez más su constante admiración por lo galo y por su egregio representante ⁽¹⁴⁾. Como científico ve colmada sus aficiones en su propio “gabinete de Historia Natural del país, mis máquinas físico-químicas, mis libros y mis ocupaciones eclesiásticas, después de haber fabricado y dispuesto un cuarto muy hermoso y alegre, que pudiera parecer bien en Francia o en Italia” ⁽¹⁵⁾ y redacta numerosos “papeles” de divulgación especializada al calor de la Sociedad Económica de Amigos del País de esta ciudad. Pertenece a esta etapa de Las Palmas una de las obras más importantes del autor, su ingente *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias*, donde se muestra como verdadero científico que compendia saberes extraídos de la investigación, comprobados científicamente de la realidad y presentados de manera directa con un *sé, conozco, he comprobado* como ha indicado el profesor Alvar en el prólogo a su magnífica edición de la obra ⁽¹⁶⁾. Como hombre, estos años últimos le aportan relajada tranquilidad para sus devociones y para sus deseadas, a veces, indolencias ⁽¹⁷⁾.

* * *

Hemos recorrido hitos principales de la biobibliografía de Viera y Clavijo. Añadamos ahora algunas pinceladas resaltadoras de su personalidad.

Rememorábamos hace un momento las palabras del propio Viera cuando indicaba su innata “curiosidad lectora” atribuida —decía— “a cierta necesidad de producir”. Estos dos rasgos de sus años tempranos que el autor reconoce desde la atalaya de la senectud en que redacta las *Memorias*, “curiosidad y necesidad de producir”, —ambos inherentes al ilustrado— serán los más característicos de su biografía; porque no otra cosa que el ejercicio de *indagar*

(14) Véase en torno al tema el interesante trabajo del profesor CIORANESCU *Viera y Clavijo y la cultura francesa*, en *Estudios de literatura comparada*, La Laguna, 1954.

(15) Carta al Marqués de Santa Cruz. Cito por ROMEU PALAZUELOS, *Biografía de Viera y Clavijo a través de sus obras*, Aula de Cultura de Tenerife, 1981, pág. 91.

(16) Excma. Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, 1982.

(17) “...V. le preguntará últimamente y le dirá qué hago, en qué me ocupo, en qué me encanto. Y le responderá que en nada (...) que sigo el mismo plan de vida que nos proponíamos en Madrid, esto es, de quietud, silencio, indolencia y filosofía, que, exceptuando esto último, dicen que es por esencia la vida del canónigo”. Carta a D. Alonso de Nava, de 28 de noviembre de 1787. Cito por ROMEU PALAZUELOS, ob. cit., pág. 89.

para *producir* llena sus años desde la precoz redacción de la *Vida del noticioso Jorge Sargo* cuando —según confesión propia— contaba sólo catorce años, hasta los últimos escritos: *Papel sobre fumigaciones*, de 1912, un año antes de morir, tal vez el último de sus escritos.

Anotémoslo: una novela y una obra de divulgación científica abren y cierran su obra. Son reflejo sintomático y condensado de sus vocaciones: creación literaria sin otra intención que el divertimento literario mismo; afán didáctico inherente a su condición de clérigo ilustrado; inclinación científica personal asentada en las bases del racionalismo experimentado que la Ilustración exigía.

Recordemos una creación de nuestro autor en que se aúnan sabiamente las tres facetas anteriormente apuntadas: *Las bodas de las plantas*, soberbio poema en cuarenta y siete octavas reales y canto único. En él la base científica cimenta el riguroso contenido, la intención docente añade estructuración y tono eficaces, y la envoltura literaria aporta gracia poética para aligerar el didactismo y la sustancia textual. En el desarrollo temático de la composición, las relaciones reproductoras de las plantas están indicadas en claro paralelismo con las humanas, expresadas siempre con una atractiva mezcla de realismo y delicadeza. En su estructura poética, el texto descansa en una amplia prosopopeya mediante la cual la flor se muestra como novia recata y ansiosa a la vez, que, a un tiempo, cela y abre las dulzuras destinadas al feliz Himeneo. Como muestra, sólo una octava:

No lo dudéis: la flor es una boda.
El cáliz es el tálamo y el lecho;
Los pétalos, lúcidos y de moda,
Son las cortinas, que el capullo han hecho,
Y el gran misterio encubren; la aula toda
Se perfuma de olores hasta el techo;
Y el néctar, que la abeja allí codicia,
Es el pan de la boda, y la delicia.

La figura literaria que descansa en la base de este poema supera al poema en sí para alcanzar también a la dedicatoria que de él hace el autor. Lo dedica a un feliz matrimonio de nombres bien floridos (don Pedro de la Huerta el marido, doña Rosa, su mujer, Jacinto el hijo), dueños de una finca en San José de la Vega. En la configuración literaria de la dedicatoria —un soneto— la ternura y la amistad se arropan en el fino humor que brinda la coincidencia

de nombres y tema para trazar la bella imagen poética de un edénico paraíso hecho realidad terrena:

Ved aquí un paraíso sin serpiente
 Donde no hay fruta al gusto prohibida,
 Donde todo árbol es árbol de vida
 Su Adán agricultor, su Eva inocente;

Sus cherubines, sin espada ardiente;
 Lllaman a cuantos el placer convida
 A una tierra, que riega dividida
 En cuatro arroyos la perenne fuente.

Eran en otra edad estos recintos,
 Por falta de benéficos sudores,
 De espinas y de abrojos laberintos;

Pero le han hecho ya sus poseedores,
Huerta con Rosas Huerta con Jacintos
 Vara de San Joséph llena de flores.

Hemos hablado de ternura, de amistad, de sentido del humor... temas que conducen a la faceta humana de nuestro personaje. ¿Cómo era el hombre Viera? Nos ha sido pintado como pensador vitalista, a veces eufórico, a veces desengañado. Como analizador de la realidad con sonrisa escéptica, la mayoría de las veces. Se ha destacado la altivez y el desdén con que parece contemplarse desde el clásico retrato que de él nos ha legado Carnicero. Se ha destacado su tendencia a la cómoda tranquilidad, a la “modorra” isleña aparsimoniada, al lujo, a la buena mesa. Se le ha comparado física y psicológicamente con Voltaire: cuerpo enjuto y febril; temperamento débil y enfermizo... rasgos éstos que aparecen condensados en las estrofas del retrato literario que, en forma de soneto, le hizo el poeta Verdugo:

Este clérigo inquieto y cortesano
 que traduce a Voltaire y a Cristo reza
 tiene en su enjuto rostro la firmeza
 y la astucia de un viejo castellano.

No aspira a ser obispo; sí arcediano;
 cimenta en el estudio su grandeza
 buscando la verdad y la belleza...
 Es poeta, filósofo y cristiano.

Espíritu insaciable y luminoso,
 sondea en el pasado, y victorioso
 nos lega de Canarias la alta Historia;
 en ella, cada página admirable
 es un recio sillar, firme, inmutable,
 para el gran monumento de su gloria.

Podríamos apuntar nuevas pinceladas al retrato: el gran sentido de la amistad y de la gratitud que parece demostrar la nutrida correspondencia que Viera sostiene con deudos, con amigos, con benefactores, con maestros; su propensión hacia las pequeñas vanidades personales; su gusto por detalles de moda femenina y masculina; su atención galante hacia las damas reflejada en diversas composiciones entre las que destaca el soneto dedicado a la joven marquesa del Viso (“*O del Danubio ninfa bella y rara, / Copia, envidia y honor de sus pensiles, / mayo te adora y tus diez y ocho abriles / hoy corona con rosas de tu cara (...)*”).

Como escritor, destaca en Viera la extraordinaria maestría de su pluma, en la que las cualidades básicas de corrección y exactitud no le impiden ser sabiamente amoldable a los diferentes registros que el tema requiera: así su estilo será brillante en textos como el *Elogio de Don Alonso el Tostado*, estructurado, siguiendo los dictados que la retórica clásica exige, y no exento de emoción encomiástica y emulativa hacia el destinatario; y será eficazmente didáctico, riguroso, y preciso en el *Diccionario de Historia natural*; y en la *Historia de Canarias*, añadirá a las cualidades anteriores la reflexión personal directa surgida al hilo de los hechos que han conformado la realidad de las islas; y su estilo se revestirá de soltura y gracia en las cartas a familiares y amigos; y sabrá, además, ser burlón y lúdico en las coplillas dedicadas al clima de La Laguna.

Fue Viera y Clavijo, un hombre de su siglo que creyó firmemente en los ideales que la Ilustración proponía, que los vivió profundamente, y que en ellos enmarcó su vivir personal, su vocación profesional y su ingente y variadísima obra.